

¿QUÉ PODEMOS SABER DE LA MUERTE DE JESÚS? LAS FUENTES Y LOS DATOS HISTÓRICOS

Daniel Guerrero Ramos*

Introducción

Si en la historia de la teología ha habido intentos de negar la historicidad de la muerte de Jesús, en el momento actual casi nadie se atreve a poner en tela de juicio este acontecimiento sin deslizar un gran interrogante sobre toda su vida, sobre su existencia como personaje histórico y sobre la validez de las fuentes que lo atestiguan. Estas páginas se escriben justamente a partir del estudio de estas fuentes, usadas muchas veces para que desde tan variados puntos de vista se han presentado como argumentos de autoridad para la defensa de interpretaciones a veces encontradas y contrapuestas.

Como afirma Juan José Tamayo¹, no está de más ser extremadamente precavidos en el tratamiento que le dispensamos a las fuentes extrabíblicas que, de forma más o menos evidente, parecen aludir a la figura histórica de Jesús de Nazaret, a su relevancia social en un momento dado y a los últimos acontecimientos de su vida, la condena a muerte y el desarrollo de su ejecución.

En este artículo nos interesa hacer un balance de lo que afirman dichas fuentes en torno a la muerte de Jesús. Pretendemos hacer evidente que, aunque se tratara de un personaje de bastante menor relevancia de la que le quieren atribuir algunos relatos evangélicos, ha quedado constancia escrita de Jesús y del grupo de sus seguidores en algunas obras, que son de referencia obligada para un estudio completo de la historia de aquel período.

Nos fijaremos además en el contraste que resulta de la comparación de las fuentes no cristianas con las fuentes cristianas (en concreto con los relatos evangélicos), para esbozar una síntesis de aquellos elementos que podrían ser adjetivados de bastante seguros o, al menos, con una gran dosis de historicidad por la convergencia de los diversos testimonios que han llegado hasta nosotros. Concluiremos con un acercamiento a la conciencia humana de Jesús (entendiendo por tal el conocimiento psicológico interior que una persona tiene de sí misma) ante la proximidad de su muerte.

1. Fuentes no cristianas

Los historiadores están de acuerdo al afirmar que los documentos históricos del siglo I de nuestra era que refieren la muerte de Jesús son escasos y contienen muy pocas referencias en torno a su figura² y al proceso que condujo hasta su muerte³. De su proceso no

* Licenciado en Teología.

¹ *Por eso lo mataron* (Colección «Hacia la Comunidad», nº 5), Madrid 1998, 18.

² «Cuando buscamos referencias acerca de Jesús en escritos no canónicos del siglo I o II d. C., nos sentimos al principio desilusionados por la falta de ellos» (MEIER, J., *Un juicio marginal. Nueva visión del Jesús histórico*, I, Estella 2000³, 79).

³ Cf. H. C. KEE, *¿Qué podemos saber sobre Jesús?*, Córdoba 1992, 17.

conservamos ningún documento que haya quedado registrado en los archivos imperiales⁴. Las pocas alusiones que han llegado hasta nosotros son fragmentarias y tardías⁵.

Sin embargo, al emprender un estudio sobre las fuentes no evangélicas en torno a Jesús, es legítimo preguntarse por la cantidad y la calidad de las que han llegado hasta nosotros y por el valor y alcance historiográfico que poseen. Es necesario además contrastar lo que tales fuentes dicen con lo que afirman las fuentes evangélicas, para intentar averiguar hasta dónde están de acuerdo y en dónde divergen las unas de las otras.

Aunque las fuentes que de manera más explícita relatan los acontecimientos finales de la vida de Jesús son los relatos evangélicos, podemos establecer un listado de documentos que con mayor o menor amplitud han recogido también los acontecimientos en torno a la muerte de Jesús, su misma muerte y las causas que la provocaron.

1.1. Fuentes judías

El único texto que se refiere a la ejecución de Jesús se encuentra en el Talmud:

«La víspera de la Pascua se colgó a Jesús el Nazareno. El heraldo había marchado durante cuarenta días delante de él diciendo: “He aquí a Jesús el Nazareno que va a ser lapidado, porque ha practicado la brujería y ha seducido y extraviado a Israel. Que todos los que conozcan algo en su descargo vengan a pleitear por él”. Mas no se encontró a nadie para tomar su defensa, y fue colgado la víspera de la Pascua»⁶.

Este pasaje del Talmud se presentaría, según autores judíos y cristianos, como un residuo de la tradición relativa a las acusaciones y al proceso y posterior ejecución de Jesús. Se trata de una *baraita* o tradición externa suplementaria introducida en el Talmud babilónico en el lugar en donde se comenta la forma de proceder con la que ha sido condenada a la lapidación⁷.

Si éste es considerado por algunos como un texto claramente relativo a Jesús de Nazaret, a su proceso y posterior condenación «colgado la víspera del sábado»⁸, para otros no deja de ser un texto bastante tardío (del s. IV-V), construido independientemente de la tradición evangélica, con la que no tuvo ningún contacto. Así se explicaría también que el

⁴ Cf. S. LÉGASSE, *El proceso de Jesús. La historia*, Bilbao 1995, 17. Para este autor, las conocidas con el título de *Actas de Pilato*, no serían más que un intento de respuesta a las injuriosas *Memorias de Pilato*, divulgadas durante el mandato del emperador anticristiano Maximino II Daya, el año 311-312. Tales *Memorias* cometerían el error de fijar la fecha de la crucifixión de Jesús el séptimo año de Tiberio (el 21 d.C.), año en el que aún no era Poncio Pilato procurador de Judea (cf. *ibid.*, 17-18, n. 2).

⁵ Cf. R. FABRIS, *Jesús de Nazaret. Historia e interpretación*, Salamanca 1985, 228.

⁶ Traducción de la *b. Sanedrín*, 43a de J. KLAUSNER, *Jesús de Nazareth, son temps, sa vie, sa doctrine*, Paris 1933, 27 (tomado de S. LÉGASSE, *o.c.*, 22).

⁷ Cf. R. FABRIS, *o.c.*, 37.

⁸ Así piensa, por ejemplo, S. LÉGASSE, para quien «esta *baraita* (censurada) se refiere claramente a Jesús de Nazaret, no, como alguien ha pretendido, a otro Jesús, discípulo de R. Josué ben Perahyah [...]. El añadido “el Nazareno” (*ha-Nosri*), que no deja ninguna duda sobre el personaje, está muy bien atestiguado. Aunque algunos autores se inclinan a ver aquí una tradición propiamente judía, no despreciable desde el punto de vista histórico, el conjunto se presenta más bien como una relectura de ecos procedentes del proceso y ejecución de Jesús y percibidos al entrar en contacto con cristianos» (*o.c.*, 22).

nombre de Jesús fuera añadido a aquellos otros textos talmúdicos que representaban alguna semejanza con su persona, su actividad o su mensaje, al entrar en contacto con el ambiente y la tradición cristiana⁹.

Del estudio del Talmud y de otras fuentes judías es poco lo que se puede extraer sobre la persona y la obra histórica de Jesús. No existe ningún interés sobre su figura y obra hasta que irremisiblemente se encuentran con un fenómeno de proporciones tan considerables en el Imperio Romano, que ya no les parece razonable ignorarlo ni despreciar a la persona que está en el origen de su fundación. Pero cuando se quiere incorporar a Jesús en los relatos del Talmud, los recuerdos sobre su actividad en Palestina quedan ya muy lejanos en el tiempo¹⁰.

1.2. El testimonio de Flavio Josefo

Flavio Josefo nació por los años treinta en Palestina y vivió hasta el final del siglo I d. C. Pertenece a una familia sacerdotal y por parte de su madre estaba emparentado con los asmoneos. Según su propio testimonio, estudió la *torah* con provecho. Y finalmente se adhirió a la secta de los fariseos, interesándose a su vez por la vida política de Jerusalén.

Participó en la rebelión antirromana de Palestina del año 66 d. C. Pero ante el avance de las tropas, acabó rindiéndose y entregándose a los romanos. Más tarde se convirtió en ciudadano romano, tomando para sí el nombre gentilicio de *Flavio*, incorporado al séquito de Tito, comandante de las tropas romanas en Palestina. Y desde esta nueva posición, asistió a la caída definitiva de la ciudad y del templo de Jerusalén.

Estos retazos de su vida nos ayudan a definir el perfil personal y político de quien habiendo sido primero defensor de la independencia de la nación judía, más tarde se alineó con el imperio invasor convirtiéndose en su estrecho colaborador cuando éste invadió Palestina en los años 67-70 d.C.¹¹

Las *Antigüedades judías* es la obra más importante que nos ha dejado Flavio Josefo con referencias a Jesús. La terminó en Roma el 93-94¹². En ella nos encontramos con dos testimonios, de los que sólo el segundo nos interesa por referirse expresamente a la noticia sobre los últimos acontecimientos de la vida de Jesús. Es el llamado *Testimonium Flavianum*:

«Fue en este tiempo cuando apareció Jesús, hombre sabio, si puede llamarse hombre. Porque fue obrador de hechos maravillosos, el maestro de aquellos que reciben con alegría la verdad, arrastró a muchos judíos en pos de sí y también muchos otros venidos del helenismo. Él era el Cristo. Y Pilatos, habiéndole hecho crucificar bajo la delación de los primates de la nación nuestra, los que le amaron desde el principio, no se arredraron por esto. Él se les apareció de nuevo viviente, al tercer día, como lo habían dicho, con otras muchas maravillas, los profetas divinos. Y hasta el presente subsiste el grupo

⁹ Así es como piensa R. FABRIS (*o.c.*, 37-38), que se apoya en el estudio que sobre los pasajes talmúdicos en los que se menciona a *Jeshû* o a *Jehoshua' hanôzrî*, ha realizado, aplicando el método histórico-crítico, J. MAIER en su obra *Jesus von Nazareth in der talmudischen Überlieferung*, Darmstadt 1978.

¹⁰ Sobre otras referencias a Jesús en autores no cristianos, cf. R. FABRIS, *o.c.*, p 37-41.

¹¹ Sobre la vida y el testimonio de Flavio Josefo, véase la bibliografía que aporta R. FABRIS, *o.c.*, 41, n. 7.

¹² Según R. FABRIS (*o.c.*, 42, n. 8), la primera edición de las *Antigüedades judías* fue publicada por primera vez en el 94-95, bajo Domiciano.

llamado de su nombre cristianos»¹³.

Globalmente considerado, el texto ha sido escrito por Flavio Josefo. Pero no se puede rechazar la hipótesis de que en las sucesivas copias del texto realizadas por autores cristianos se hayan ido insertando (u omitiendo) palabras o expresiones que intentan conciliarlo con la fe cristiana. Lo que no resulta fácil es averiguar hasta qué punto ha intervenido la mano de un autor cristiano en la modificación del texto. Para J. Meier son cuatro las opiniones que se han vertido en torno a la autoría del texto:

«1) La entera noticia acerca de Jesús es una interpolación cristiana: de hecho, Josefo no menciona a Jesús en esta parte de las *Antigüedades*. 2) Aunque hay indicios de no poca redacción cristiana, alguna mención de Jesús en este lugar de las *Antigüedades* —quizá negativa— dio lugar a que un amanuense cristiano la sustituyese por una suya positiva. El texto original se ha perdido en su mayor parte, si bien no puede encontrarse todavía huellas de lo que escribió Josefo. 3) El texto de que disponemos es básicamente el escrito por Josefo, y las dos o tres interpolaciones de un amanuense cristiano se pueden aislar fácilmente del claro núcleo no cristiano. Con frecuencia, sin embargo, los eruditos procederán a hacer algunas modificaciones en el texto, una vez omitidas las interpolaciones. 4) El *Testimonium* es por completo obra de Josefo. Con pocas excepciones, la comunidad de estudiosos ya ha abandonado la última posición»¹⁴.

Nosotros pensamos que no son válidos ninguno de los dos extremos. No sería tarea fácil intentar demostrar que Flavio Josefo no tuvo conocimiento alguno de la existencia del cristianismo. Lo más probable es sospechar que sí lo tuvo y que supo, además, de la génesis de este movimiento. Tampoco se puede afirmar sin matizaciones que el texto, tal como hoy se conserva, pertenece en su integridad a Flavio Josefo, dado que hay afirmaciones que parecen provenir, más bien, de un autor cristiano. Por tanto, creemos que en su conjunto, el texto pertenece a Josefo. Y que un autor posterior, tomando como base lo que Josefo decía acerca de Jesús, añadió y corrigió algunos elementos para conciliar el testimonio con la fe cristiana.

Acerca de la vida de Jesús, Flavio Josefo conoce de modo singular a su personaje y lo distingue de otros añadiendo el apelativo *Cristo* y lo que se creía de él; tiene noticia de su actividad doctrinal y taumatúrgica; y respecto al proceso y condenación, sabe que murió en una cruz como cumplimiento de una sentencia emitida por Poncio Pilato por instigación de los dirigentes judíos de la nación¹⁵; tiene noticia además de la existencia de un grupo de discípulos de origen judío y griego (*el grupo llamado de su nombre cristianos*) que apelan al

¹³ *Antigüedades judías*, XVIII, 3, 3, §§ 63-64 (traducción tomada de L. D. GRANDMAISON, *Jesucristo*, Barcelona 1932, p 42-43, para quien «no hay duda que Josefo conoció al menos la existencia del cristianismo primitivo y sus líneas más salientes»).

¹⁴ J. MEIER, *o.c.*, 82.

¹⁵ El *Testimonium* ha omitido algunos aspectos del proceso de Jesús que sí aparecen explícitamente considerados en los relatos evangélicos. Así, por ejemplo, se han omitido las razones por las que primero las autoridades religiosas judías y luego Pilato deciden ejecutar a Jesús. «El *Testimonium* se muestra extrañamente silencioso respecto a *por qué* se ejecuta a Jesús. Podría deberse simplemente a que Josefo no lo supiera. Podría ser que, siguiendo su normal tendencia, hubiera suprimido las referencias a *un* o *el* Mesías judío. Podría ocurrir que Josefo entendiese que el enorme éxito de Jesús era motivo suficiente. Cualquiera que sea la razón, el *Testimonium* no refleja un modo cristiano de tratar la cuestión de por qué Jesús fue condenado a muerte; en realidad, ni siquiera se plantea la pregunta» (J. MEIER, *o.c.*, 88).

nombre de Jesús y dicen haberlo visto vivo el tercer día después de su muerte.

De su testimonio debemos concluir que concuerda sustancialmente con los datos que encontramos en los relatos evangélicos. El trato reticente hacia el movimiento de Jesús resulta comprensible si lo que pretende Josefo es presentar al mundo culto la historia del pueblo judío, en una época (año 13 del reinado de Domiciano) en la que la situación político-religiosa no era nada favorable al movimiento cristiano.

1.3. El testimonio del historiador Tácito

Tácito es el primer historiador no judío que menciona a Jesús. Lo hace en sus *Anales*, obra que escribió hacia el año 100 d. C. La ocasión se la brinda la narración de lo ocurrido en Roma tras el incendio provocado por Nerón. Éste, quizá para eliminar toda sospecha sobre su persona¹⁶, decidió culpar de la catástrofe a los cristianos. Tácito, en este contexto, nos narra las atrocidades a las que fueron sometidos los cristianos. «Él sabe quienes son estos *Chrestiani* odiosos a la plebe, que Nerón sometió a suplicios refinados»¹⁷:

«Este nombre les viene de Cristo, a quien, en el reinado de Tiberio, el procurador Poncio Pilatos había condenado a muerte; reprimida de momento, esta detestable superstición retoñaba otra vez, no solamente en Judea, donde el mal tuvo su origen, sino, también, en Roma, a donde afluye todo cuanto hay de horrible y vergonzoso, y encuentra numerosa clientela»¹⁸.

De este testimonio podemos deducir que Tácito no tiene noticia de Cristo y de su movimiento procedente de alguna fuente cristiana o judía¹⁹. Más bien, su estilo y el tono de este párrafo hacen pensar que lo que intenta reflejar es el modo como la ciudadanía romana miraba a esta nueva *secta* que comenzaba a cobrar carta de ciudadanía.

El testimonio de Tácito, al ser comparado con el de Flavio Josefo, no aporta nada nuevo, aparte de la datación de la muerte bajo *el principado de Tiberio*; incluso omite algunos datos sobre la participación de los judíos en todo el proceso, que sí aparecen en el testimonio

¹⁶ La sospecha de que había sido Nerón el autor del incendio no la disimula TÁCITO en su escrito: «Ni la ayuda humana, ni la munificencia imperial, ni todas las formas posibles de aplacar al cielo podían acallar el escándalo ni disipar el convencimiento de que el fuego había sido obra suya. Por ello, para desmentir el rumor, Nerón señaló como culpables y castigó con la crueldad más refinada a una clase de personas, detestadas por sus vicios, a las que la multitud llamaba cristianos» (*Anales*, XV, 44).

¹⁷ L. DE GRANDMAISON, *o.c.*, 47.

¹⁸ *Anales*, XV, 44 (traducción tomada de L. DE GRANDMAISON, *o.c.*, 47).

¹⁹ Para J. MEIER este pasaje no es una interpolación cristiana posterior, sino que se trata de un pasaje auténtico. Lo justifica apoyado en varios argumentos: «No sólo figura en todos los manuscritos de los *Anales*, sino que el mismo tono anticristiano del texto hace casi imposible un origen cristiano. Es cierto que Tácito puede mostrar un mínimo de compasión por gente a la que injustamente se le ha cargado con la culpa del odiado Nerón. Pero los cristianos, como tales, son claramente despreciados a causa de sus abominables crímenes o vicios (*flagitia*), que constituyen una superstición nociva o peligrosa. Es decir, son un culto oriental de reciente invención y de rápida expansión, que desprecia a los dioses romanos, practica unos ritos secretos y probablemente nefandos, y que por tanto trastorna el buen orden del Estado romano. En la visión pesimista que tiene Tácito de la historia romana, los cristianos son un signo más del declinar de Roma desde la integridad y la virtud hacia la corrupción y la decadencia» (*o.c.*, 110). S. LÉGASSE (*o.c.*, 20) se ha preguntado por las fuentes de información que pudo utilizar el historiador Tácito al escribir su informe. Excluye que haya utilizado el registro oficial romano y que haya podido tener algún tipo de contacto con cristianos; excluye además que haya usado la obra del judío Flavio Josefo, en la que también aparece el apelativo *Cristo* aplicado a Jesús.

de Flavio Josefo²⁰. Según J. Meier, son tres los datos esenciales que nos aporta este escrito:

«1) Sitúa su muerte durante el reinado del emperador Tiberio (14-37 d. C.) y el gobierno de Poncio Pilato (26-36 d. C.). 2) Afirma que Jesús murió ejecutado por el gobernador romano de Judea; y aunque no menciona explícitamente la crucifixión, ésta se hallaría implícita en el mismo hecho de la ejecución de un judío en Judea por un gobernador romano. [...] 3) Según Tácito, la ejecución de ese Cristo sofocó por breve tiempo el peligroso movimiento religioso de los cristianos»²¹.

Al comparar el texto con los relatos evangélicos nos encontramos, por tanto, con una confirmación de la existencia histórica de Jesús, de su muerte bajo el reinado de Tiberio y de Poncio Pilato, como procurador de la provincia del Imperio, y de la rápida extensión del movimiento creado en torno a su figura a la capital del Imperio²². Tácito se interesa por los cristianos (y ligeramente por su fundador) sólo en la medida en que Nerón los ha hecho culpables del incendio que asoló a la capital del Imperio.

1.4. Carta de Mara bar-Serapion a su hijo

En 1855 se publicó por primera vez²³ este escrito privado, en lengua siriaca, de un tal Mara bar-Serapion, que era estoico sirio. El escrito, en forma de carta, lo dirige, probablemente alrededor del año 73 d.C., a su hijo que estudiaba en Edesa²⁴. El texto que nos interesa de la carta dice así:

«¿Qué ventaja tuvieron los atenienses con matar a Sócrates, si recibieron su ración de hambre y peste? ¿o los samios con quemar a Pitágoras, si su tierra quedó enteramente sepultada bajo la arena en un instante? ¿o los judíos en crucificar a su prudente rey, si, a partir de entonces, les fue arrebatado el reino? Dios vengó con equidad a estos tres sabios. Los atenienses murieron de hambre, los samios fueron recubiertos por el mar, los judíos fueron deportados y expulsados de su reino, viviendo por todos lados en la dispersión. Sócrates no ha muerto gracias a Platón; ni Pitágoras, gracias a la estatua de Hera; ni el rey prudente, gracias a la nueva ley que dio»²⁵.

Es claro el paralelismo ternario con que el autor construye el escrito. Al igual que

²⁰ Cf. S. LÉGASSE, *o.c.*, 20; R. FABRIS, *o.c.*, p 45-46.

²¹ J. MEIER, *o.c.*, 110.

²² Cf. H. C. KEE, *o.c.*, 23. «Lo que debe notarse aquí es que en las frases de Tácito se revela implícitamente la existencia del movimiento cristiano ya antes de la ejecución de Cristo; de otro modo no habría sido posible “sofocarlo” por un breve tiempo mediante su muerte. [...] Conviene advertir que, en el pensamiento de Tácito, el movimiento de los cristianos, denominado así a causa de Cristo, no surgió solamente tras la muerte de Jesús. Y el pasaje lleva aparejado que los mismos odiosos vicios de ese movimiento que dieron lugar a las ejecuciones de sus miembros bajo Nerón, motivaron también la ejecución de Cristo en tiempos de Tiberio» (J. MEIER, *o.c.*, 110).

²³ La publicación se debe a W. CURETON, *Spicilegium Syriacum*, Londres 1855, p 43-48.

²⁴ La datación es incierta. Mientras que unos creen que es muy poco posterior a la ruina de Jerusalén, el año 70, otros han llegado a creer que podría tratarse de un escrito del siglo II e incluso de mediados del siglo II (cf. S. LÉGASSE, *o.c.*, p 20-21; R. FABRIS, *o.c.*, p 46-47).

²⁵ Traducción tomada de S. LÉGASSE (*o.c.*, p 20-21), a partir de la versión de F. SCHULTHESS, revisada por R. KÖBERT y citada por X. LÉON-DUFOUR, *Passion*, col. 1422.

Sócrates y Pitágoras murieron víctimas de los atenienses y los samios, respectivamente, Jesús murió víctima del error que cometieron los judíos. El texto no nombra explícitamente a Jesús. Pero es evidente que se trata de Él. Por el contexto no puede tratarse de otra persona.

El autor no es cristiano, pero el tratamiento favorable otorgado a Jesús, a quien en dos ocasiones llama «prudente rey» y en otra «rey» del pueblo judío, bien pudiera deberse a influjos de un ambiente cristiano cercano a los cristianos de Siria²⁶.

1.5. En torno a las fuentes extrabíblicas

De los documentos extraevangélicos que hemos traído a nuestro estudio sólo pueden derivarse algunos datos, pero más bien pocos, acerca de los últimos acontecimientos de la vida de Jesús y de su muerte.

A los ojos de los historiadores del siglo II, la vida de Jesús no constituyó objeto de tratamiento directo hasta que el grupo de sus seguidores se fue haciendo cada vez más numeroso y llamativo. El hecho de que apelaran continuamente a Jesús como a su fundador, fue lo que motivó que aportaran algunos datos acerca de la vida de aquél a quien se consideraba fundador de esta nueva *superstitio*²⁷ y de sus seguidores, considerados judíos o extranjeros detestables y sospechosos.

Aún así, los datos relativos a los últimos acontecimientos de la vida de Jesús se reducen a breves y concisas noticias que no aportan nada nuevo a lo que contienen los textos evangélicos. El único dato que recogen con unanimidad los textos extraevangélicos es el que se refiere a la muerte de Jesús de manos de los judíos, con la aprobación de la autoridad romana encarnada en la figura del procurador Poncio Pilato, durante el gobierno del emperador Tiberio. Y también que la muerte a la que se le condenó fue al suplicio de la cruz.

Aunque no asumamos el tono negativo con el que redacta su conclusión acerca de las fuentes, nos parece que J. Meier vuelve de nuevo a acertar en su apreciación sobre el valor y el contenido de las fuentes que hemos estudiado, en el siguiente juicio que emite sobre todo el conjunto:

«Los cuatro Evangelios canónicos son al final los únicos documentos extensos que contienen bloques de material suficientemente importantes para una búsqueda del Jesús histórico. [...] Fuera del NT, el único testimonio no cristiano e independiente sobre Jesús en el siglo II lo ofrece Josefo, pero su famoso *Testimonium Flavianum* requiere alguna poda crítica para eliminar las interpolaciones cristianas posteriores. Incluso después de ella, Josefo proporciona una comprobación independiente de los principales rasgos de Jesús que trazan los Evangelios, pero nada claramente nuevo o distinto. Si Tácito representa una fuente independiente —lo que es dudoso—, todo lo que nos brinda es una confirmación adicional de la ejecución de Jesús por Poncio Pilato en Judea durante el reinado de Tiberio. [...] Así pues, para todos los efectos prácticos, nuestras fuentes tempranas e independientes de conocimientos sobre Jesús se reducen a los cuatro Evangelios, unos pocos

²⁶ Cf. R. FABRIS, *o.c.*, 47; S. LÉGASSE, *o.c.*, 21.

²⁷ Éste era el apelativo con que eran conocidas las otras religiones no oficiales del Imperio.

datos diseminados en otras partes y Josefo»²⁸.

2. Fuentes cristianas

Las fuentes cristianas que tratamos en nuestro estudio se reducen a dos clases de testimonios: el testimonio de las fuentes no evangélicas incluidas dentro de los escritos del Nuevo Testamento y las fuentes evangélicas propiamente dichas.

2.1. Fuentes cristianas no evangélicas

Resulta un hecho tremendamente llamativo el tratamiento que la literatura sagrada más antigua ha dispensado a los últimos acontecimientos de la vida de Jesús y al modo cómo fue condenado a muerte²⁹. Las cartas que con toda certeza son de Pablo, se muestran claramente cautas al referirse a estos acontecimientos, a pesar de que el tema de la cruz Pablo lo sitúa como el contenido central de su teología³⁰.

No se puede olvidar que para Pablo, Cristo no es ya meramente un personaje histórico. La experiencia de su encuentro con Él, con el Cristo Resucitado, le ha inspirado una nueva perspectiva que va más lejos de la envoltura histórica. Pablo ni ha conocido probablemente al Jesús histórico ni ha gozado de la rica experiencia que tuvieron los doce durante el ministerio público de Jesús³¹. Quizá por eso, G. Bornkamm matiza el modo como Pablo se acercó en sus escritos a la figura de Jesús, con estas palabras:

«De ninguna manera se preocupa Pablo de reproducir la predicación de Jesús de Nazare. Nunca habla él del Rabbí de Nazaret, del profeta, del taumaturgo, del que come a la mesa de los publicanos y pecadores, o del sermón de la montaña, de las parábolas del reino de Dios o de la lucha de Jesús con los escribas y fariseos. Ni siquiera se recoge una sola vez en sus cartas el padrenuestro. Sólo cita cuatro palabras del Señor, muy diversas y no propiamente representativas (1 Cor 7,10s; 9,14; 11,23; 1 Tes 4,15). Algunas de las exhortaciones a la comunidad están formuladas con una relación clara al recuerdo de las palabras de Jesús. Allí se ve claramente que Pablo posee un limitado conocimiento de la tradición sobre Jesús, por los encuentros con los cristianos antes o después de su conversión. Pero esta impresión, fundada en algo parcial y casual, no cambia en lo que se refiere a la imagen que da el conjunto. El Jesús histórico parece abandonado. De hecho, Pablo no lo ha conocido. Pero aunque lo hubiera conocido de una manera humana y terrena, asegura en la discusión con sus adversarios —que apelan a Jesús de una manera muy diversa a la suya— que ahora ya no lo conoce como ellos (2 Cor 5,16)»³².

²⁸ J. MEIER, *o.c.*, p 158-159.

²⁹ Cf. R. FABRIS, *o.c.*, 47.

³⁰ Cf. S. LÉGASSE, *o.c.*, 24.

³¹ De ahí que uno de los grandes estudiosos de la figura y de la obra de Pablo, haya llegado a decir lo siguiente: «Se puede afirmar, aunque aparezca sorprendente y paradójico, que muy probablemente, y a pesar de la distancia de dos milenios, nosotros sabemos acerca del Jesús histórico más que el mismo Pablo» (G. BORNKAMM, *Pablo de Tarso*, Salamanca 1982, 301).

³² *Ibid.*, 160. Estas palabras de G. Bornkamm son justas, aunque se podría disentir de la calificación de «no propiamente representativas» de las palabras de Jesús en la institución de la Eucaristía (1Cor 11,23), que

Una de las fuentes a través de la cual Pablo conoce a Jesús son los formularios tradicionales que, en la comunidad primitiva, recogen y expresan la fe en Jesucristo³³. Pablo apelará en repetidas ocasiones, dentro de sus escritos, a estos formularios³⁴.

Sobre la base de esta tradición que Pablo recoge en sus escritos, realiza las siguientes afirmaciones:

! Jesús era un judío de la familia de David; de entre sus hermanos, sobresale Santiago.

! Eligió a «doce» discípulos, de entre los que destacaban Pedro (Cefas) y Juan.

! La víspera de su muerte celebró la «Cena» en compañía de sus discípulos.

! Por iniciativa de los dirigentes judíos fue entregado a muerte, y una muerte de cruz, con la necesaria intervención de la autoridad romana.

Pablo no menciona en sus escritos más que el proceso romano, pues, como sucede en la primera carta a Timoteo (6,13), se dirige a quienes están siendo instigados por la misma autoridad romana que mandó ejecutar la condena a muerte en cruz de Jesús. Entre las cartas consideradas auténticamente escritas por él, sobresale el pasaje de la primera carta a los Tesalonicenses, en el que acusa a los judíos de haber dado muerte a Jesús³⁵; y otro de la primera carta a los Corintios, en el que acusa de la crucifixión de Jesús a hombres —no a demonios ni a ningún otro tipo de potencias malignas³⁶—.

Otros escritos del Nuevo Testamento, como los discursos que aparecen en los Hechos de los Apóstoles, no pueden ser tomados como obras o fuentes autónomas, sino dependientes, en gran parte, de los escritos anteriores y de los mismos textos evangélicos, como ocurre en el caso de Lucas, que continúa su evangelio en el libro de los Hechos. Los discursos que aparecen en esta obra³⁷ confirman los datos que aparecen en los textos evangélicos, pero no representan una fuente nueva ni añaden ninguna información complementaria a lo ya dicho en los relatos evangélicos³⁸.

La Carta a los Hebreos nos ofrece algunos datos de interés en lo que se refiere a la

proviene de la tradición antioquena, están cargadas de un gran contenido teológico y nos ayudan a entrever la idea que tenía Jesús de su propia muerte.

³³ El más antiguo credo cristiano, que contiene los elementos centrales de la predicación apostólica, escrito probablemente unos decenios después de los acontecimientos finales de la vida de Jesús, se enuncia de esta forma tan sintética: «Porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras» (1 Cor 15,3-4). «En este sentido, la predicación y la teología de Pablo son una interpretación y un desarrollo del kerygma de la primitiva comunidad cristiana» (Ibid., 164).

³⁴ Así, en: 1 Cor 7,10; 9, 14; 11,23; 15,3; 1 Tes 4,15.

³⁵ Cf. 1 Tes 2,13-16.

³⁶ Cf. 1 Cor 2,6-8.

³⁷ Cf. Hch 2,23; 10, 39; 13, 27-29.

³⁸ De ahí que el siguiente juicio de Fabris sirva como valoración de las fuentes cristianas sobre los últimos acontecimientos de la vida de Jesús, su pasión, muerte y resurrección: «Los discursos que se refieren en los Hechos de los Apóstoles se resienten demasiado de la redacción de Lucas para poder ser utilizados como fuente autónoma sobre los últimos acontecimientos de Jerusalén» (o.c., 228).

persona histórica de Jesús, de quien dice que es perteneciente a la estirpe de Judá (7,14), y sobre la condena a muerte de Jesús, confirmando el hecho de que Jesús «padeció fuera de la puerta» de la ciudad (13,12). De los demás textos del Nuevo Testamento podemos afirmar que, cuando aluden a la muerte de Jesús, no se refieren únicamente a los detalles trágicos de la misma, sino a la interpretación que hacen de ella como el acontecimiento en el que se manifiesta la plenitud de amor de Dios, que no se reserva a su Hijo único, sino que lo entrega para realizar así la reconciliación plena con la humanidad caída por el pecado.

2.2. Fuentes evangélicas

Los cuatro evangelios son los únicos textos del Nuevo Testamento que con más amplitud se han preocupado de los últimos acontecimientos de la vida de Jesús. Hasta tal punto que, como dice R. Fabris, «fuera de los cuatro evangelios no se encuentran en los demás textos del nuevo testamento otros datos y detalles que puedan integrar el cuadro evangélico de la pasión y muerte de Jesús»³⁹. En los otros escritos del Nuevo Testamento, como hemos visto ya, la preocupación fundamental no reside en la narración de los acontecimientos trágicos de la muerte de Jesús, en la sucesión espacio-temporal de los mismos, o en la aplicación de las culpabilidades que tanto unos como otros tuvieron en el desenlace de tales acontecimientos. La preocupación fundamental para los demás textos neotestamentarios reside en el sentido salvífico de estos acontecimientos finales, que se interpretan como cumplimiento del plan salvífico de Dios sobre la humanidad⁴⁰.

Esta interpretación soteriológica presente en los escritos no evangélicos del Nuevo Testamento, no está ausente tampoco en los evangelios canónicos, sobre todo cuando abordan los sucesos de la pasión y muerte de Jesús⁴¹. A pesar de que esta sección es la que guarda una mayor uniformidad, incluso respetando un mismo marco espacio-temporal, este hecho no debe hacernos olvidar que los evangelistas no pretenden escribir, al concebir los textos evangélicos, una biografía de Jesús, ni una crónica de sus últimos momentos, al transmitirnos el desenlace de su vida. Los evangelios se conciben, ante todo, con una finalidad catequético-exhortativa; finalidad que se hace más patente en los relatos de la pasión y muerte, en los que se intenta conciliar el dato histórico con la referencia más o menos explícita al dato contenido ya en el Antiguo Testamento⁴² en forma de figuras bíblicas —como la del «Siervo» humilde o la del «Justo» perseguido de Is 53—, o como síntesis de la actitud con la que afronta Jesús

³⁹ *O.c.*, 228; sobre estos textos evangélicos los exegetas están de acuerdo en que se les pueden aplicar los criterios de historicidad que permitan llevar a cabo una investigación histórica sobre Jesús (p 55-58).

⁴⁰ Así lo confirma, por ejemplo, W. KASPER: «Para el nuevo testamento y la tradición cristiana la muerte de Jesús tiene otra dimensión más profunda. No basta con el mero malentendido y la dimensión política de esta muerte o con ver en Jesús al hombre libre, al violador de la ley y al inconformista incómodo, liquidado por sus enemigos. Todo esto jugó indudablemente su papel. Pero para el nuevo testamento la muerte de Jesús no es solamente acción de los judíos y romanos, sino obra salvadora de Dios y libre autoentrega de Jesús» (*Jesús, el Cristo*, Salamanca 1992, 140).

⁴¹ «Si la memoria cristiana se ha ceñido a las circunstancias de este proceso y al suplicio en que desembocó, no puede ser más que en razón de la importancia única de esta muerte en el orden de la fe» (S. LÉGASSE, *o.c.*, 26).

⁴² Ésta es una de las preocupaciones de las que se hacen eco los relatos evangélicos, como lo afirma R. Aguirre, comentando el valor teológico de las narraciones evangélicas: «En los evangelios se constatan tres preocupaciones simultáneas que también presidieron la transmisión de la tradición: 1) Evocar de manera suficiente la historia pasada de Jesús [...] 2) Actualizar para el presente la tradición recibida [...] 3) La relación con la Escritura. Constantemente se interpreta la tradición por recurso al Antiguo Testamento, que, para los primeros cristianos, es Palabra de Dios, y esto se realiza según los diversos métodos de la exégesis judía» (R. AGUIRRE MONASTERIO, *Introducción a los Evangelios Sinópticos*, en R. AGUIRRE MONASTERIO - A. RODRÍGUEZ CARMONA, *Evangelios sinópticos y Hechos de los Apóstoles*, Estella [Navarra] 1994, 46).

moribundo las burlas y su inmediata muerte —como lo expresan los salmos 22 y 69—⁴³.

Aun a pesar de esta coincidencia de intereses entre los escritos del Nuevo Testamento, hay que hacer notar que los evangelios poseen unas notas propias que están ausentes en los demás escritos neotestamentarios. Aunque podemos afirmar que el mensaje central del Nuevo Testamento, tal y como está contenido en la predicación de Pablo, que en uno de sus estratos más arcaicos, se contiene así: «que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras» (1 Cor 15,3-4), en los textos evangélicos aparece un interés biográfico sobre la persona que está en el predicado de las afirmaciones que son objeto central de la fe. De ahí el interés que muestran los evangelios al relatar especialmente los últimos acontecimientos de la vida de Jesús, su pasión y su muerte.

Pero no fue sólo el interés catequético-exhortativo el que motivó la creación de unas narraciones sobre la pasión y muerte de Jesús. A las primeras comunidades cristianas, las que están en el origen de los textos evangélicos, les urgía dar una explicación apologética a la manera tan excesivamente denigrante e infame con que se había dado muerte a Jesús. ¿Con qué autoridad se podía anunciar a Cristo como el verdadero Mesías, el enviado de Dios, el Hijo, mientras no se diera una explicación satisfactoria a unos sucesos que comprometían seriamente su proyecto, su obra y su enseñanza? El horror y el escándalo de su muerte en la cruz hacía necesaria una reconstrucción de estos sucesos que dejara vislumbrar un sentido salvífico en todos ellos.

De esta forma, compaginando el interés catequético-exhortativo y la necesidad apologética ante el «escándalo» de la muerte en cruz, cada uno de los evangelistas concibe su propia obra, haciéndose eco de la tradición que recibían y de las fuentes escritas con anterioridad, pero sin limitarse a relatar los acontecimientos de forma bruta. No podemos establecer aquí la génesis completa de la tradición sinóptica de los relatos evangélicos que han llegado hasta nosotros. Este estudio ni siquiera es unánime y ampliaría el objeto de nuestras consideraciones más de lo que pretendemos. Sólo en lo relativo a los relatos de la pasión y muerte de Jesús podemos afirmar que en lo que se refiere a las relaciones intraevangélicas, parece que todos están de acuerdo en que Marcos (o una fuente pre-marcana), ha sido utilizada por los evangelistas Mateo y Lucas en la construcción de sus propios relatos. Las divergencias entre unos y otros pueden explicarse fácilmente acudiendo a la propia y original manera que tiene cada autor al componer, a los objetivos que persigue —que no son los mismos de una comunidad a otra—, o incluso a la habilidad que manifiesta al considerar tal detalle o palabra, siendo así que lo que para uno puede resultar meramente anecdótico a otro le parece menos superficial⁴⁴.

⁴³ Los relatos de pasión «muestran una concordancia muy grande, mayor, en cualquier caso, que en el material tradicional del resto de los evangelios. Sin duda que la tradición de la pasión representa un “carril” antiguo e independiente de la tradición. No se puede discutir razonablemente la proximidad a los acontecimientos históricos, aunque ciertas cuestiones de detalle sobre el decurso histórico siguen abiertas. Pero más importante que tales detalles históricos es la constatación de que la tradición de la pasión está muy claramente determinada por intereses teológicos. Se encuentran motivos apologéticos, dogmáticos y parenéticos. Los relatos de pasión no quieren, pues, ser solamente narraciones, sino también predicación. Explican la pasión ya a la luz de la resurrección. Se la expone como sufrimiento del mesías, como pasión del justo, como cumplimiento del antiguo testamento y, por tanto, de la voluntad de Dios. El canto del siervo sufriente de Yahvé (Is 53) e igualmente lo salmos 22 y 69 determinaron con mucha profundidad la exposición» (W. KASPER, *Jesús, el Cristo*, 141).

⁴⁴ Cf. S. LÉGASSE, *o.c.*, p 27-28.

La problemática es más aguda en el caso del evangelio de Juan. No se sabe con plena seguridad el nivel de contactos que se establecieron entre los sinópticos y Juan. La posición más extendida tiende a ver en los relatos de la pasión y muerte un influjo de carácter más directo de los sinópticos sobre el texto joánico superior al influjo que haya podido ejercer sobre el resto del evangelio⁴⁵.

El proceso de configuración de los textos evangélicos se fue entretejiendo de etapas sucesivas, muchas de ellas complejísimas y no del todo claras, hasta que finalmente aparecieron los textos que han llegado hasta nosotros. El proceso de redacción de los textos evangélicos —al menos el de los tres sinópticos— concluye a 40 ó 60 años de distancia del núcleo histórico que contienen⁴⁶. Por eso, hay quien se pregunta si tales escritos gozan de una fiabilidad suficiente en lo que relatan y si nos conducen hacia el núcleo fidedigno del mensaje y del proyecto de Jesús. Por nuestra parte creemos que hemos dado ya respuesta a este interrogante. Pero no está de más perfilar algo más el valor de los relatos evangélicos, sobre todo en lo que concierne a los datos históricos que sobre la pasión y muerte de Jesús nos proporcionan.

Así, podemos afirmar que tales textos son los únicos que nos acercan a lo que Jesús dijo e hizo, y los únicos que nos narran la sucesión de sus acontecimientos finales, tal y como lo vieron los que fueron testigos directos de tales sucesos, quienes tuvieron la oportunidad de verlo y escucharlo. Estos testimonios fueron más tarde transmitidos vitalmente a las primeras comunidades cristianas, las cuales fundaron en tales testimonios la credibilidad de su fe en la pasión, muerte y resurrección de Jesús. Como esto sucedió en distintas partes y en comunidades cristianas diferentes, se hace necesario un riguroso estudio de crítica literaria sobre la base de los textos que han llegado hasta nosotros, para establecer la historicidad de los acontecimientos que narran. Trabajo que, como hemos dicho más arriba, desbordaría excesivamente el planteamiento que hemos querido otorgarle a estas consideraciones generales en torno a la muerte de Jesús.

La coincidencia de los cuatro relatos evangélicos en un núcleo sustancial es una garantía sólida de la veracidad de dichos relatos. No hemos de olvidar tampoco que el breve estudio de las fuentes y documentos extra-evangélicos y extra-neotestamentarios⁴⁷, que hemos realizado, viene a confirmar lo sustancial de lo que está contenido en los relatos evangélicos, desde perspectivas nada sospechosas de estar en comunión de fe y de vida con el cristianismo emergente. Esto confirma la historicidad y veracidad fundamental de las narraciones evangélicas de la pasión y muerte de Jesús⁴⁸.

3. Datos históricos

⁴⁵ Cf. *Ibid.*, p 30-31.

⁴⁶ Para más información acerca del origen y naturaleza de los evangelios sinópticos y de las cuestiones abiertas que aún esperan una clarificación mayor, véase R. AGUIRRE MONASTERIO, *Introducción a los Evangelios Sinópticos*, en R. AGUIRRE MONASTERIO y A. RODRÍGUEZ CARMONA, *o.c.*, el capítulo I: *Origen y naturaleza de los evangelios sinópticos* (p 20-55), y el capítulo II: *Historia de la interpretación y cuestiones abiertas* (p 57-98).

⁴⁷ Todavía lo ha estudiado con mayor atención, no reduciéndose únicamente a lo que se dice sobre la pasión y muerte sino recogiendo otros testimonios sobre la vida de Jesús, H. C. KEE, *¿Qué podemos saber sobre Jesús?*, Córdoba 1992. En esta obra extiende su estudio a un análisis de lo que dicen las fuentes rabínicas sobre Jesús y lo que se deduce, asimismo, sobre su persona, de los datos de los rollos del Mar Muerto, descubiertos en 1947.

⁴⁸ Cf. R. FABRIS, *o.c.*, 232.

3.1. Jesús murió crucificado

Los documentos analizados en los apartados anteriores nos autorizan a afirmar que la muerte de Jesús fue un acontecimiento histórico claramente atestiguado en estas fuentes. Todos los escritos del Nuevo Testamento, especialmente los evangelios y los escritos paulinos, así como las fuentes no cristianas, ya judías (Flavio Josefo), ya paganas (Tácito), del siglo I y comienzos del siglo II d. C., así como otros documentos de la época, dan testimonio del final trágico de Jesús⁴⁹. O. González de Cardedal, como otros muchos teólogos eruditos, afirma con toda rotundidad:

«El hecho fundamental de la vida de Jesús es su muerte. Como dato histórico está atestiguado unánimemente por las fuentes cristianas, judías y romanas, que concuerdan en la descripción del modo de morir, por crucifixión, aunque diverjan a la hora de interpretar las causas y las responsabilidades»⁵⁰.

Nadie discute, por tanto, que Jesús murió, y que la ejecución con la que se le dio muerte fue la que se reservaba para quienes cometían los delitos más graves⁵¹. Jesús murió crucificado y es este un hecho que pertenece a las realidades históricas más ciertas de su vida⁵². Tan cierto es este dato, que, sin ser mutilado de la historia de la vida de Jesús que ha llegado hasta nosotros por las mismas fuentes evangélicas, pronto se vio la necesidad de explicarlo⁵³. Hasta tal punto que se convirtió en el hecho que dio lugar al nacimiento de los relatos de la pasión y éstos, a su vez, aumentados con otros materiales, a los evangelios tal y como hoy los conservamos. Como defienden la mayoría de los exegetas, el género literario de los evangelios está tan sumamente vinculado al acontecimiento de la pasión y muerte de Jesús, que bien podría tratarse de una amplísima narración de estos últimos acontecimientos finales de la vida de Jesús a los que precede una preparación narrativa de acontecimientos de la vida pública. R. Aguirre ha explicado de este modo la génesis de la trama evangélica de la pasión:

«¿Cuál es el origen de la trama evangélica? Las perícopas aisladas y los bloques más extensos de la tradición evangélica propiamente no tenían trama o intriga. Pero ésta sí existía en el antiquísimo relato de la pasión, que,

⁴⁹ Cf. A. AMATO, *Jesús, el Señor*, Madrid 1998, p 496-498.

⁵⁰ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología*, Madrid 2001, 94. «Si queremos partir de lo más cierto, entonces el suceso más seguro es la ejecución de Jesús en la cruz» (J. GNILKA, *Jesús de Nazare Mensaje e historia*, Barcelona 1993, 355).

⁵¹ Cf. W. KASPER, *o.c.*, 138. Esta forma de morir «se contaba a la cabeza de los *summa supplicia*; era el *crudelissimum taeterrimumque supplicium, infames stipes, infelix lignum*, del derecho penal romano [...]. Por ello sólo era usada en los casos más graves como la desertión frente al enemigo, la traición de un secreto de Estado o la incitación a la sublevación. Se aplicaba sólo a las clases bajas (*humiliores*), no a las superiores (*honestiores*). Era el castigo de los extranjeros sediciosos y el típico de los esclavos» (O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología*, 107).

⁵² «Jesús de Nazaret murió crucificado, siento entonces Poncio Pilato procurador de Judea. Es éste un hecho histórico, comprobable como tal por el historiador y que no será realmente serio negar» (H. COUSIN, *Los textos evangélicos de la pasión*, Estella [Navarra] 1981, p 192-193).

⁵³ «Jesús murió en una cruz; este hecho es rigurosamente histórico. Escándalo para los judíos y locura para los paganos (1 Cor 1,23), consta que fue para los cristianos más primitivos punto de partida para la formación de la tradición evangélica. Muy pronto se vieron en la necesidad de dar una explicación teológica a ese dato que no podían negar. Y nacieron esas 'historias de la pasión' [...]» (J.J. BARTOLOMÉ, *El Evangelio y Jesús de Nazaret*, Madrid 1995, 154).

precisamente por eso, tenía un carácter eminentemente narrativo, largo, unitario y bien trabado. [...] Con toda probabilidad, esta trama del relato de la pasión se ha extendido para adelante, a la vida de Jesús desde los inicios, de modo que con toda una serie de tradiciones preexistentes se ha construido un relato bien trabado y recorrido por una intriga que va ‘in crescendo’ hasta desembocar en la pasión-cruz-resurrección»⁵⁴.

La muerte de Jesús por crucifixión es quizá el dato histórico más cierto de su vida⁵⁵. Como ha señalado O. González de Cardedal, este dato se ha negado cuando se ha puesto en cuestión la vida entera de Jesús. Pero en este momento, superados los posicionamientos contrarios a la autenticidad de este acontecimiento planteados a finales del siglo XIX y comienzos del XX, nadie se atreve ya a ponerlo en duda⁵⁶.

3.2. Las divergencias entre los distintos relatos

Aceptando que el hecho de la muerte por crucifixión es un dato rigurosamente histórico, no se pueden obviar, sin embargo, las múltiples divergencias que aparecen en los textos que narran los acontecimientos previos y subsiguientes a este hecho. Tales divergencias saltan a la vista al leer el mismo relato según el modo como es narrado por los cuatro evangelistas, lo que ha conducido a los especialistas a hablar de los problemas pendientes y no resueltos con claridad, en torno a la muerte de Jesús. O. González de Cardedal condensa así la problemática que despiertan las divergencias que han quedado patentes en los relatos evangélicos:

«La muerte de Jesús es un hecho patente en sus rasgos fundamentales. Sin embargo, muchos detalles concretos quedan en la oscuridad, comenzando por el día y la hora exacta. [...] Esto ha permitido a un historiador hablar de ‘la existencia de un enigma preexistente’. La fecha de la muerte, los procesos que la preceden, la participación de las distintas autoridades, la última responsabilidad jurídica y moral, la vigencia de la legislación judía y el atenuamiento a sus reglas procesales por quienes lo juzgaron, que los judíos poseyeran el *ius gladii* o potestad para aplicar penas capitales: todo esto queda en una cierta penumbra»⁵⁷.

En la penumbra quedan datos tan característicos del relato de la pasión de Jesús, como por ejemplo el de la configuración real del grupo que va en su busca: ¿son fuerzas enviadas por los judíos, como parecen indicar los relatos sinópticos, o también las autoridades romanas están interesadas en su prendimiento, como indica el evangelio de Juan? Los relatos de la pasión que han llegado hasta nosotros tampoco clarifican la conexión histórica existente entre los dos procesos a los que fue sometido Jesús: ¿se trató de dos procesos autónomos e independientes uno del otro o actuó el primero como preparatorio del segundo? ¿en qué

⁵⁴ R. AGUIRRE MONASTERIO, *Introducción a los Evangelios Sinópticos*, en R. AGUIRRE MONASTERIO - A. RODRÍGUEZ CARMONA, *o.c.*, 43.

⁵⁵ «El hecho de que Jesús de Nazaret fue ejecutado en una cruz pertenece a las realidades más ciertas de la historia de Jesús» (W. KASPER, *Jesús, el Cristo*, 138).

⁵⁶ Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La entraña del cristianismo*, Salamanca 1998², 536.

⁵⁷ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología*, p 103-104. Sobre el *ius gladii* o *potestas gladii*, véase lo que dice J. GNILKA, *o.c.*, p 360-361.

medida el proceso romano tuvo en cuenta la resolución del proceso religioso?⁵⁸

Otras cuestiones que han quedado confusas según el testimonio actual de los relatos evangélicos tienen que ver con la última Cena. Existe una doble tradición en torno a esta cena de Jesús con sus discípulos⁵⁹. Una es la tradición judeocristiana, que ha quedado patente en Marcos (14,22-24) y Mateo (26,26-28). La otra es la tradición cristiano helenista, recogida por Pablo (1 Cor 11,23-25) y Lucas (22,19-20). Ambas tienen en la base de su nacimiento histórico la última Cena de Jesús con sus discípulos, pero también es cierto que en tales relatos se encuentra la huella de la práctica litúrgica de las comunidades cristianas.

Otro problema es el que ha planteado la datación de esta comida de Jesús con sus discípulos⁶⁰. Porque para los sinópticos esta cena fue realmente una cena de pascua, pero para Juan, estando próxima a la fiesta pascual y a la muerte de Jesús, fue más bien una cena de despedida⁶¹. En este sentido, resulta muy iluminadora la reflexión que nos ofrece J. Maier en lo referente a la cronología de la pasión:

«En lo referente a la cronología de la pasión, hay un punto de coincidencia entre los cuatro Evangelios: los días de la semana en que Jesús se reunió a la mesa por última vez con sus discípulos y en que fue ejecutado. Todos los Evangelios sitúan la última cena en jueves, y la crucifixión, muerte y sepultura en viernes antes del ocaso. En realidad, para determinar tales días de la semana a partir de los Evangelios debemos ir hacia atrás, ya que los cuatro Evangelios afirman de un modo o de otro que el día siguiente a la crucifixión de Jesús era el del descanso judío, o sea, sábado»⁶².

Y sigue diciendo este autor:

«En una primera lectura, pues, parece haber una contradicción irremediable entre la cronología de los sinópticos y la joánica. Aunque ambas sitúan la última cena en noche de jueves y la muerte en viernes antes de la puesta del sol, discrepan en la datación de esos dos días. Para los sinópticos, la última cena, en jueves, era una cena pascual, por lo cual Jesús murió un viernes que era día de Pascua (el 15 de nisán). Para Juan, la última cena no era pascual. Jesús murió un viernes 14 de nisán, que aquel año era día de preparación *tanto* para la Pascua *como* para el sábado. Aquel año, las dos prácticas preceptivas coincidían en un sábado que era el 15 de nisán»⁶³.

⁵⁸ Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La entraña del cristianismo*, p 548-549.

⁵⁹ Sobre el carácter histórico, litúrgico y soteriológico de la última cena, cf. E. SCHILLEBEECKX, *Jesús. La historia de un viviente*, Madrid 1981, p 281-285.

⁶⁰ Algunos exegetas han defendido, apoyados en convincentes razonamientos, la tesis de que los dos calendarios pueden ser conciliables. Cf. A. JAUBERT, *La date de la Cène. Calendrier biblique e liturgie chrétienne*, Paris 1957; J. CARMIGNAC, *Comment Jésus et ses contemporains pouvaient-ils célébrer la pâque a une date non officielle?*: *Revue de Qumran* 5 (1964-1966) 59-79.

⁶¹ Cf. J. J. BARTOLOMÉ, *o.c.*, p 156-157. Un exponente de los autores que defienden la tesis de que se trató de una cena pascual lo constituye, por ejemplo, J. JEREMIAS, *La última cena. Palabras de Jesús*, Madrid 1980, p 13-92; J. GNILKA, *o.c.*, p 342-353; en contra, X. LÉON-DUFOUR, *La fracción del pan. Culto y existencia en el Nuevo Testamento*, Madrid 1983, p 376-378. J. MEIER, sin embargo, considera «el esquema básico de la cronología joánica como el de mayor verosimilitud» según una amplia argumentación que aporta (*o.c.*, p 401-407).

⁶² J. MEIER, *o.c.*, 393.

⁶³ *Ibid.*, p 396-397.

En íntima conexión con el relato de la última cena está el de la fecha exacta de la crucifixión de Jesús. Un dato seguro es que Jesús murió el viernes de la semana de pascua⁶⁴. Pero este viernes ¿era ya el día de la Pascua o víspera de Pascua? También en este dato los sinópticos divergen del relato joánico:

«Según la cronología de Marcos (15,25), Jesús habría sido crucificado el viernes día de la Pascua judía, que caía el 15 del mes lunar de *nisan*, a la hora tercia de los romanos, que serían para nosotros las 9 de la mañana; mientras que según la cronología de Juan la crucifixión habría tenido lugar un viernes, víspera de la Pascua y a la hora sexta, que sería para nosotros mediodía (19,14)»⁶⁵.

Así, pues, los relatos evangélicos, de los que podemos afirmar que refieren hechos rigurosamente históricos, también han lanzado sombras sobre algunos detalles que rodean a tales hechos. Probablemente por dos razones: o bien porque nunca pretendieron realizar una reconstrucción minuciosa de la historia de Jesús, o bien porque algunos de estos datos no clarificados desde el punto de vista de la historia responden más bien a otro tipo de intereses dentro de la comunidad, subordinando el interés o la mera curiosidad histórica a la edificación de la fe de las comunidades cristianas a las que iban dirigidos. Podemos afirmar, por tanto, que existe un doble plano que se entrecruza en los actuales relatos de la pasión y muerte de Jesús y que ha dejado huellas de su existencia: por un lado el plano histórico, pues no se puede negar que Jesús fue condenado a muerte tras haber sido sometido a dos procesos, uno religioso y otro romano; pero, por otro lado, estos relatos son más que una crónica histórica, son confesiones de fe, que nacen entre cristianos que han conocido y creído en el Señor Jesús y que confiesan abiertamente que el resucitado es el mismo que había sido crucificado⁶⁶.

4. Jesús ante la proximidad de su muerte

La muerte de Jesús no se limita únicamente al ámbito de los fríos sucesos históricos que se fueron sucediendo, tal y como los hemos analizado más arriba. Ahora queremos preguntarnos, en primer lugar, por el modo como fue entendiendo Jesús, a nivel de ciencia humana experimental, la eventualidad de su propia muerte y, al mismo tiempo, desde qué categorías fue asimilando ese destino mortífero que se le iba imponiendo progresivamente. El análisis de varios textos nos ayudará a rastrear el modo como Jesús fue integrando en su destino la posibilidad de un final violento y la interpretación que le fue aplicando conforme éste se le iba imponiendo como una realidad ya insoslayable.

4.1. «La superación de una contradicción»

⁶⁴ «Los evangelistas concuerdan en testimoniar que Jesús fue ajusticiado en la víspera del sábado, es decir, el viernes de la semana de pascua» (A. AMATO, *o.c.*, 498).

⁶⁵ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología*, 103. En el mismo sentido afirma otro autor: «Se discute si fue el 14 ó 15 de nisan (quizá marzo-abril). Para los sinópticos la última cena de Jesús parece que fue pascual, en cuyo caso Jesús habría muerto en la cruz el 15 de nisan. No ocurre así en Juan; para él Jesús murió el día del a preparación de la fiesta de pascua (Jn 19,14), cuando se sacrificaban los corderos en el templo, o sea, el 14 de nisan» (W. KASPER, *o.c.*, 138).

⁶⁶ Para un estudio más detallado de los hechos históricos que rodearon la muerte de Jesús, de los datos que pueden afirmarse y de las divergencias de unos a otros relatos evangélicos, cf. J. BLINZLER, *El proceso de Jesús*, Barcelona 1965; WINTER, *El proceso a Jesús*, Barcelona 1983; S. LÉGASSE, *El proceso de Jesús I-II*, Bilbao 1995.

El proyecto de Jesús consistió en el anuncio del Reino de Dios. Éste fue el tema central de su predicación y la tarea a la que consagró toda su vida⁶⁷. La idea del Reino de Dios o de «Dios Rey» estaba fuertemente asentada en la teología Veterotestamentaria⁶⁸. Y Jesús consagró todo su ministerio a la proclamación de que el Reino de Dios llega a la historia humana y está pidiendo un cambio radical como preparación para recibirlo⁶⁹.

Pero el proyecto de Jesús va a quedar interrumpido de manera brusca cuando se desencadenan en torno a Él las acusaciones que lo conducen a la muerte en cruz. En Galilea se había dedicado al anuncio del Reino y a la realización de los signos que lo hacían ya presente. En un primer momento había entusiasmado a las masas con su mensaje y con los signos que lo acompañaban. Pero, más tarde, sobreviene la desilusión y el abandono de los que antes se habían adherido a Él⁷⁰. De ahí que al primer momento se le llame la *primavera de Galilea* y el segundo se haya designado con la expresión *crisis de Galilea*⁷¹.

Un proyecto como el suyo, que se había centrado en el anuncio de la promesa liberadora de Dios, en la instauración de un nuevo marco de relaciones entre los hombres y en la revelación del auténtico rostro del Dios verdadero, padre suyo y de todos los hombres, hacia quien el hombre se ha de dirigir de un modo nuevo, sin el peso de las cargas de la ley, ¿no quedaba fuertemente desacreditado por la forma como acabó muriendo, en la cruz, como los más horribles criminales? ¿Cómo podía presentarse a un crucificado como garantía de un mensaje de salvación y liberación plena?

A las primeras comunidades cristianas se les presentó el reto de tener que superar esta dolorosa contradicción. Para ello intentaron una interpretación de signo religioso de la muerte de Jesús. No fue sólo el designio de unos dirigentes opuestos a las nuevas enseñanzas que proclamaba, sino el designio salvador de Dios, que entrega a su Hijo a la muerte como señal de amor y de reconciliación con los hombres⁷². Y al sufrimiento previo a la muerte se le empieza a dar un valor redentor, a la luz de los poemas del Siervo de Yahvé, que se leen ahora por los primeros cristianos en clave de profecía de los últimos acontecimientos de la vida de Jesús.

«Los primeros cristianos, para superar el escándalo que la ejecución de Jesús

⁶⁷ Cf. A. AMATO, *o.c.*, p 119-122; CH. H. DODD, *Las parábolas del reino*, Madrid 1974; J. JEREMIAS, *Las parábolas de Jesús*, Estella-Navarra 1970.

⁶⁸ Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología*, 42.

⁶⁹ «Después que Juan fue entregado, marchó Jesús a Galilea; y proclamaba la Buena Nueva de Dios: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva”» (Mc 1,14-15).

⁷⁰ Cf. E. SCHILLEBEECKX, *o.c.*, p 268-273. «El evangelio de Marcos habla claramente de un éxito inicial de la predicación de Jesús en Galilea. Pero a partir de Mc 7 disminuyen las alusiones a la “gran afluencia de gente” y las reacciones positivas. El reino de Dios era la buena nueva que Jesús había llevado a Galilea; se trataba de un anuncio de la salvación. Sin embargo, el estrato más antiguo, arameo, de la tradición Q revela que ya se tenía conciencia de un posible rechazo del “fenómeno Jesús”» (p 269-270).

⁷¹ Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología*, 80.

⁷² «Tras la resurrección se inicia un lento proceso de reflexión sobre la persona de Jesús [...] Sin duda las primeras afirmaciones fueron de este tenor: Si Dios ha resucitado a Jesús, es que le era grato, no era un pecador, se confió a él y en sus manos dejó sus destinos, no murió desesperado. Si Dios lo resucitó es que su palabra profética era verdadera, era la última, porque con él se ha anticipado lo que es lo último: la resurrección. Si su resurrección ha suscitado la reunión de judíos y gentiles, es que ha llegado la hora del Mesías para el pueblo elegido y para todas las gentes» (O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La entraña del cristianismo*, 600).

seguía produciéndoles, tenían que recurrir a la meditación de la Sagrada Escritura, del Antiguo Testamento. Así se explican las numerosas alusiones, no siempre explícitas, a la Escritura en todo el relato (litúrgico) de la pasión, que muchos exegetas consideran como uno de los documentos más antiguos, si no el más antiguo, del cristianismo. Únicamente la Escritura podía aclararles la “necesidad” divina de esta pasión»⁷³.

En el fondo, el esfuerzo de la primera teología de la cruz consistió en hacer conciliable el trágico suceso con el plan de Dios. Y para llegar a conseguir eso, sólo había un único camino: descubrir en la Sagrada Escritura que la muerte de Jesús, y esa muerte concreta en la cruz, pertenecía al designio salvífico de Dios. A partir de estos esfuerzos, nacieron las interpretaciones primero bíblicas y más tarde, con el material bíblico de estas interpretaciones, brotaron esquemas interpretativos de la muerte de Jesús de signo más teológico, algunos de los cuales siguen teniendo todavía hoy vigencia en la predicación y en la catequesis.

4.2. *¿Contó Jesús con el hecho de una muerte violenta?*

Llegado a este punto, quiero hacer constar que las reflexiones que siguen se han elaborado teniendo en cuenta los resultados del método histórico-crítico de hacer exégesis. Este método nos proporciona datos y conclusiones muy valiosas para un estudio sobre la vida de Jesús, pero no pueden tener pretensión de totalidad. Para no caer en el sesgo de considerar a Jesús sólo como un ser humano que, como cualquier otro, va adquiriendo los conocimientos que posee sobre la base de su propia maduración y experimentación, sería necesario no olvidar aquí que todo lo que Jesús aprendió y experimentó a lo largo de su vida recae sobre una conciencia misteriosa en virtud de la unión hipostática que se da con la única persona del Verbo. Y que a pesar de los progresos meramente humanos que Jesús llegó a tener, en Él se dio un nivel de conocimiento tal que lo hizo consciente de ser enviado por Dios para servir y dar su vida por la muchedumbre (cf. Mc 10,45).

En esta línea de pensamiento, conviene tener en cuenta las aportaciones que se han realizado, no sólo desde la exégesis histórico-crítica, sino también desde la eclesiástico-dogmática, para tener una visión lo más completa y unitaria que sea posible. A este respecto, la Comisión Teológica Internacional ha tenido que salir al paso de ciertas cuestiones cristológicas. Lo ha hecho en varias ocasiones en el pasado y más recientemente, sobre el tema que a nosotros nos interesa, ha elaborado un documento en que estudia la vida cognoscitiva y afectiva de Jesús. Ayuda a entender lo que estamos diciendo el siguiente párrafo de este documento:

«La conciencia que Jesús posee de su relación filial singular “a su Padre” es el fundamento y el presupuesto de su misión. A la inversa, se puede de su misión inferir su conciencia. Según los evangelios sinópticos, Jesús se sabía enviado para anunciar la buena nueva del Reino de Dios (Lc 4,43; cf. Mt 15,24). Para esto ha salido (Mc 1,38 griego) y venido (cf. Mc 2,17). A través de su misión a favor de los hombres se puede, al mismo tiempo, descubrir a aquel del que él es el enviado (cf. Lc 10,16). En gestos y en palabras, Jesús ha manifestado el fin de su “venida”: llamar a los pecadores (Mc 2,17), “buscar y salvar lo que está perdido” (Lc 19,10), no abolir la Ley, sino llevarla a cumplimiento (Mt

⁷³ E. SCHILLEBEECKX, *o.c.*, 265.

5,17), traer la espada de la decisión (Mt 10,34), echar fuego sobre la tierra (Lc 12,49). Jesús se sabe “venido” no para ser servido, sino para servir “y dar su vida en rescate por la muchedumbre” (Mc 10,45)»⁷⁴.

Más recientemente aún, el Papa Juan Pablo II, al concluir el gran jubileo del año 2000, ha dirigido a toda la Iglesia una Carta Apostólica, en donde aborda también, en uno de sus números, el tema de la conciencia de Jesús:

«El grito de Jesús en la cruz, queridos hermanos y hermanas, no delata la angustia de un desesperado, sino la oración del hijo que ofrece su vida al Padre en el amor para la salvación de todos. Mientras se identifica con nuestro pecado, “abandonado” por el Padre, él se “abandona” en las manos del Padre. Fija sus ojos en el Padre. Precisamente por el conocimiento y la experiencia que sólo él tiene de Dios, incluso en este momento de oscuridad ve límpidamente la gravedad del pecado y sufre por esto. Sólo él, que ve al Padre y lo goza plenamente, valora profundamente qué significa resistir con el pecado a su amor. Antes aun, y mucho más que en el cuerpo, su pasión es sufrimiento atroz del alma. La tradición teológica no ha evitado preguntarse cómo Jesús pudiera vivir a la vez la unión profunda con el Padre, fuente naturalmente de alegría y felicidad, y la agonía hasta el grito de abandono. La copresencia de estas dos dimensiones aparentemente inconciliables está arraigada realmente en la profundidad insondable de la unión hipostática»⁷⁵.

Tras estos prolegómenos que nos ayudan a situar en su justo lugar este planteamiento tan fuertemente controvertido, nos preguntamos, en la medida en que nos lo permiten las fuentes evangélicas de que disponemos, por el modo como Jesús vivió su acercamiento paulatino hacia su propia muerte, es decir, si tuvo conciencia o, al menos, algún tipo de presentimiento acerca de su propio final. Y si llegó a intuir este tipo de final violento, de qué modo reaccionó frente a él, si lo hizo de modo resignado, si tuvo miedo o se desmoronó ante su inminencia, si Él mismo lo buscó, provocándolo, como la única salida posible a la situación insostenible en la que se hallaba... o si se le impuso como un trágico destino cuyas consecuencias no llegó nunca a calcular⁷⁶.

Para contestar a tal cúmulo de interrogantes es preciso responder a una cuestión previa: ¿pudo Jesús anticiparse, apoyado en algunos indicios, a la idea de que su vida acabaría de forma violenta? A esta cuestión es posible dar una respuesta afirmativa apoyada en hechos protagonizados por Jesús y que, en su marco religioso, estaban fuertemente penados⁷⁷. Su

⁷⁴ COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Documentos 1969-1996*, Madrid 1998, p 384-385 [ed. preparada por C. POZO].

⁷⁵ JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, Ciudad del Vaticano 2001, n. 26.

⁷⁶ Cf. H. SCHÜRMAN, *¿Cómo entendió y vivió Jesús su muerte? Reflexiones exegéticas y panorámica*, Salamanca 1982, resulta una obra de especial interés para el estudio de este apartado, por la rigurosidad científica con que lo trata, por sus ponderadas conclusiones y por el abundante material bibliográfico que aporta.

⁷⁷ W. KASPER está apuntando a esta idea cuando afirma: «Tenemos que aceptar que Jesús tuvo que contar y contó con un final violento. Quien se comportaba como él, tenía que contar con las últimas consecuencias. Muy pronto se le acusó ya de blasfemo (Mc 2,7), de alianza con el diablo o de magia (Mt 12,24), de quebrantar el precepto sabático (Mc 2,23s. 27; Lc 13,14s); por eso se le espiaba para poder acusarlo (Mc 3,2); se procuraba cazarlo con preguntas capciosas (Mc 12,13s. 18s. 28s). La enemistad y la amenaza de muerte de los fariseos, que en esto colaboraban con los herodianos, odiados por otra parte, como después se aliaron con los romanos, se cernía indudablemente sobre Jesús desde el comienzo de su actividad (Mc 3,6) [...]. A lo dicho hay que añadir el

enfrentamiento abierto con la clase política y religiosa, con la que mantenía posiciones claramente opuestas y enfrentadas en cuestiones de vital importancia para el mantenimiento del culto y del magisterio rabínico, como, por ejemplo, en la concepción del descanso sabático. La ley de Moisés reservaba la pena de muerte a quien faltara al descanso sabático⁷⁸, y Jesús, con las acciones que llevaba a cabo en sábado y con su particular interpretación del descanso, se esforzó en invertir el orden de preferencia: primero el hombre, luego el precepto⁷⁹. De la misma manera, la práctica de la magia se condenaba también con la pena capital, por lo que cuando Jesús es acusado de que expulsa demonios con la ayuda de Belzebú (Mt 12,24), se le está acusando, al mismo tiempo, de llevar a cabo este tipo de prácticas tan despreciables para el judío y que se castigaban con la muerte⁸⁰. La blasfemia estaba también penada con la muerte⁸¹. Ciertas expresiones de Jesús fueron calificadas de blasfemas por sus oyentes. Así, por ejemplo, cuando se dispone a curar al paralítico es acusado de blasfemo por perdonarle los pecados (Mc 2,7), lo que para el judío sólo correspondía a Dios y que Jesús usurpa indebidamente de sus manos⁸². Podemos afirmar, por tanto, tomando prestadas las palabras de H. Schürmann, «que Jesús era lo suficientemente realista como para poder darse cuenta del peligro que significaba para él su predicación y forma de comportarse en una situación tan tensa como la que constituyó el marco geográfico, histórico y político de su situación»⁸³.

Jesús no se enfrenta con las autoridades políticas y religiosas de su pueblo por mero afán contestatario ni mucho menos por intentar hacerse conocido entre los suyos. Su objetivo es otro bien distinto. Intenta mostrar, con sus palabras y con sus signos, cómo es el Dios del Reino que proclama: un Dios que se muestra misericordioso con el hombre, que lo cura de sus enfermedades tanto espirituales como físicas, que lo perdona y lo libera de las ataduras que lo encadenan. Arriesga su vida en este empeño. Sabe del riesgo que corre, porque ha sabido de la suerte de Juan Bautista, que ha sido ejecutado violentamente (Mc 6,14-29; 9,13) por permanecer fiel a su misión profética⁸⁴. Este hecho, al que habría que añadir el conocido suceso de la purificación del templo (Mc 11,15-17), incidente tras el cual los sumos sacerdotes y los escribas deciden prenderlo para acabar con él (Mc 11,18), hace muy difícil pensar que Jesús no calibró en ningún momento la posibilidad de una muerte violenta.

Sin embargo, algunos teólogos de este período más reciente de nuestra historia, influenciados por el pensamiento en este sentido del teólogo protestante R. Bultmann, defienden que es imposible acercarse al modo como Jesús pudo interpretar su propia muerte y que, al margen de los hechos históricos que conocemos acerca de su crucifixión por parte del

destino del Bautista (Mc 6,14-29; 9,13), que tuvo que presentar a Jesús la posibilidad de su propia muerte violenta, si es que no tenía ya razones para pensar lo mismo» (*Jesús, el Cristo*, 143).

⁷⁸ Ex 31,14; 35,1-2; Nm 15,32-36.

⁷⁹ Cf. Mc 2,23-28; 3,1-5.

⁸⁰ «El hombre o la mujer en que haya espíritu de nigromante o adivino, morirá sin remedio: los lapidarán. Caerá su sangre sobre ellos» (Lev 20,27). «La literatura judía da testimonio de la actividad milagrosa de Jesús. En el Talmud babilónico, Sanedrín 43, se dice lo siguiente: “Debe ser lapidado por haber ejercido la magia y haber corrompido y desviado a Israel”» (A. WEISER, *¿A qué llama milagro la Biblia?*, Madrid 1979, 231).

⁸¹ «Pero si un profeta tiene la presunción de decir en mi nombre una palabra que yo no he mandado decir, y habla en nombre de otros dioses, ese profeta morirá» (Dt 18,20).

⁸² Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 574 y 588-589.

⁸³ H. SCHÜRMAN, *o.c.*, 30.

⁸⁴ «El mismo Jesús, sobre todo porque tenía presente el destino de Juan el Bautista y por la hostilidad creciente que su figura suscitaba en determinados círculos, sabía que iba a morir de muerte violenta» (CONFERENCIA EPISCOPAL ALEMANA, *Catecismo Católico para Adultos*, Madrid 1990, 200).

poder romano, no podemos saber nada de la vivencia interna de Jesús ante este acontecimiento, ni si se preparó de alguna forma o pudo integrarlo en su proyecto de alguna manera. Con palabras de R. Bultmann:

«La máxima perplejidad a la hora de intentar reconstruir una imagen psicológica de Jesús es el hecho de que no podemos saber cómo Jesús entendió su fin, su muerte. [...] Seguro es solamente que fue crucificado por los romanos, que por tanto padeció la muerte de un criminal político. Difícilmente se puede entender esta ejecución como la consecuencia internamente necesaria de su actuación; ocurrió mas bien como resultado de un malentendido de su actuación, al considerarla como si fuera de naturaleza política. Históricamente hablando el suyo hubiera sido, por tanto, un destino absurdo. Si Jesús encontró en ella un sentido y cómo lo encontró no lo podemos saber. Y uno no puede ocultarse a sí mismo la posibilidad de que muriera desesperado»⁸⁵.

Para E. Schillebeeckx, sin embargo, Jesús tuvo que contar, desde un determinado momento, con la posibilidad de una muerte violenta, fundado en el cúmulo de factores en su contra que se iban originando. Lo que debió comenzar como una posibilidad terminaría siendo una certeza para Él. Pero continúa diciendo que esta posición la «admiten hoy casi unánimemente exegetas e historiadores; son los teólogos los que todavía se dejan influir por la afirmación de Bultmann en el sentido de que no podemos saber qué pensó Jesús sobre su muerte, el cual incluso se habría “derrumbado” sin saber qué hacer ante ese inopinado sesgo que echaba por tierra todos sus planes. Lo que Bultmann expresa como simple conjetura se convierte para determinados teólogos en elemento esencial de su reflexión teológica (y luego “se populariza” en ciertos ambientes). Esto, más que rigor histórico, es una interpretación ideológica y tendenciosa»⁸⁶. La conclusión a la que le conduce su argumentación queda bastante bien recogida en estas otras palabras suyas:

«La ejecución de Jesús se explica históricamente por la conjunción de diversos factores, cada uno de los cuales era ya por sí mismo bastante peligroso. Si Jesús no era un exaltado —cosa incontrovertible, a juzgar por los datos históricos—, tuvo que contar, a partir de un determinado momento de su vida, con la posibilidad de un desenlace fatal, posibilidad que con el tiempo se convertiría en probabilidad y, por último, en certeza»⁸⁷.

¿En qué factores pudo fundar Jesús la certeza de un final trágico? Es un hecho incuestionable que para las autoridades judías, Jesús representaba un claro ejemplo de desviación religiosa⁸⁸. Además, temen que se valga de los signos y del prestigio y autoridad que ha ido conquistando entre los suyos para apartar al pueblo de la ortodoxia judía⁸⁹. Su

⁸⁵ R. BULTMANN, *Das Verhältnis der urchristlichen Christusbotschaft zum historischen Jesus*, Heidelberg 1965, p 11-12; cita tomada de O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología*, 98.

⁸⁶ *O.c.*, 275.

⁸⁷ *Ibid.*

⁸⁸ «El proceso sinedrial tuvo motivaciones religiosas. Pero, en él, no se pueden separar la religión y el poder político. Una vez llevado ante Pilato, el proceso podía presentarse únicamente bajo el aspecto de la razón de Estado» (J. GNILKA, *o.c.*, 374).

⁸⁹ «Los evangelistas creen que la convergencia de intereses de los poderes religiosos y políticos no es meramente accidental. La amenaza que representa la predicación de Jesús y su pretensión de una mesianidad original superaba el marco estrictamente religioso. La sociedad, en su organización y en sus ideales

posición frente a las purificaciones y sus continuas comidas con los pecadores confirman esta sospecha. Por eso, deciden acusarlo de falso profeta y de blasfemo. Para ambos casos estaba prevista la pena de muerte.

Además, Jesús se fue ganando, poco a poco, el rechazo de los grupos religiosos de su entorno por las acciones provocativas que llevaba a cabo. Sobre todo con sus comidas con los pecadores, en las que Jesús se encontraba en comunión con quienes para el mundo judíos no tenían ningún derecho, les devolvía la dignidad que las prácticas judías les habían arrebatado y se volcaba hacia ellos hablándoles, en forma de parábolas, del inmenso amor que Dios les tiene.

Este modo de hablar con autoridad era lo que más llamaba la atención de sus coetáneos. Hasta los escribas reconocían esta cualidad que se había ido ganando, por encima de las clases o de la condición de las personas⁹⁰. A ellos les reprochó en muchas ocasiones el modo tiránico con que dirigían al pueblo, cargándolos de multitud de preceptos que se les imponían insoportables. Con razón recomendaba al pueblo que se librasen de su levadura⁹¹.

«En conclusión se puede decir que Jesús, sobre la base de las acusaciones que circulan en torno a él y de la suerte trágica que corrió Juan el Bautista, pudo seriamente contar con la posibilidad de una condenación a muerte por la intervención de la autoridad religiosa judía. Su abierta contraposición a los responsables judíos le hizo vislumbrar la eventualidad de un procedimiento penal de carácter religioso que podría muy bien concluir con la lapidación. Un resultado semejante de este proceso tiene mayores posibilidades de realizarse en Galilea que en Judea, ya que bajo la administración del tetrarca herodiano los judíos conservaban el derecho a la pena capital para los procesos religiosos. Pero la tragedia de Jesús se consumará en la capital de Judea, símbolo y centro religioso de la nación hebrea»⁹².

4.3. Las predicciones de Jesús sobre su muerte

En el evangelio han quedado las huellas de ciertas palabras enigmáticas de Jesús, en las que anuncia el hecho de su muerte, cuando se dirige a la ciudad de Jerusalén⁹³. Se trata de predicciones de la pasión que, unidas a las palabras que pronunció en la última cena⁹⁴ con sus discípulos, se convierten en un valiosísimo material en el que descubrir el significado que Jesús otorgó a su muerte.

inconscientes, se veía implicada en la transformación de valores que proponían las bienaventuranzas. Jesús estigmatizaba la pretensión de esos poderes para decidir de los hombres sin referencia a ciertas exigencias, a las que ellos mismos estaban sometidos. A partir de entonces, su palabra dejaba de ser un invitación a la conversión privada, adquiriría un carácter público y, derribando las bases sobre las que descansaba la sociedad de entonces, exigía un veredicto público de condenación» (C. DUQUOC, *Cristología. Ensayo dogmático sobre Jesús de Nazaret el Mesías*, Salamanca 1992, 290).

⁹⁰ Cf. Lc 20,21.

⁹¹ Cf. Lc 20,45-47.

⁹² R. FABRIS, *o.c.*, 207; cf., además, la síntesis que presenta C. DUQUOC, (*o.c.*, p 286-287), de los motivos que condujeron a Jesús hacia la muerte.

⁹³ Como dice W. KASPER: «Jesús no se dirige hacia Jerusalén sin sospechar nada» (*Jesús, el Cristo*, 144).

⁹⁴ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 610.

Comenzando por este último relato, la tradición sinóptica nos transmite una frase de Jesús en el contexto de la última cena, en la que liga su muerte a la promesa de instauración del Reino de Dios: «Yo os aseguro que ya no beberé del producto de la vid hasta el día aquel en que lo beba nuevo en el Reino de los cielos» (Mc 14,25)⁹⁵. Esta frase, pronunciada en vísperas de su muerte, es la expresión de la firme confianza de Jesús en que el proyecto que ha orientado toda su existencia —el anuncio de la llegada del Reino de Dios— se va a llevar a cabo a pesar de su muerte⁹⁶. En esa confianza es capaz de citar a sus discípulos para un nuevo banquete en el reino, en el que ya sí beberá la copa del vino nuevo⁹⁷. Así, pues, como afirma R. Fabris, «en el preciso momento en que anuncia su separación definitiva de los discípulos, con una palabra que suena como promesa y compromiso, Jesús proclama su inquebrantable confianza en el cumplimiento del reino de Dios. En otras palabras, la perspectiva de la muerte violenta no afecta para nada a la entrega y al compromiso radical de Jesús por la realización del señorío de Dios»⁹⁸.

Esta forma de ver las cosas en Jesús nos puede despertar la pregunta acerca de la coherencia entre su vida, su mensaje y su misma muerte. A primera vista podría resultar difícil la tarea de conciliar armónicamente el anuncio de la llegada del reino de Dios, la exigencia de un compromiso de vida consecuente para sus oyentes y la previsión de su propia muerte como final de su misión histórica. Tan ligada estaba a su actividad la instauración del reino de Dios que la posibilidad de un final inesperado y violento debía comprometer de algún modo su mensaje.

Para superar esta contradicción, una vez que Jesús percibe el grado de confrontación al que ha llegado con las autoridades religiosas judías, comienza a preparar a sus discípulos sobre la eventualidad de su propia muerte a manos de las autoridades. La tradición evangélica ha conservado estas palabras de Jesús que, habiendo sufrido ligeros retoques redaccionales por parte de la primitiva comunidad cristiana⁹⁹, conservan un núcleo sustancialmente histórico

⁹⁵ Cf. también el contexto en el que la coloca Lucas, antes de las palabras de Jesús sobre el pan y el vino: «Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer; porque os digo que ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios» (Lc 22,15-16).

⁹⁶ «Si de esa palabra puede deducirse la seguridad de Jesús de que la comunión convivial con él es más fuerte que la muerte, puesto que el Padre ratifica la práctica del banquete de Jesús, y con ella toda su misión, bien podemos ver en esa certeza un punto de apoyo en favor de las interpretaciones soteriológicas explícitas sobre la muerte de Jesús, que van a formularse de inmediato: la muerte de Jesús no destruye su unión con Dios ni rompe la comunión con quienes le siguen, sino que más bien la ahonda» (J. WERBICK, *Soteriología*, Barcelona 1992, p 149-150).

⁹⁷ Se trata del banquete que tendrá lugar, una vez superado el fracaso de la muerte, en una situación escatológica última y definitiva, en el reino de los cielos. Situación ésta «que pondrá fin a la historia y que se realiza más allá de la misma historia» (A. AMATO, *o.c.*, 120).

⁹⁸ *O.c.*, 209.

⁹⁹ «La exégesis ha demostrado que todas las llamadas predicciones claras y explícitas de la pasión son secundarias, es decir, están redactadas, al menos en parte, sobre la base del acontecimiento pascual. Pero con esto no se ha dicho todo. Teniendo en cuenta la evidente solicitud de Jesús por lo suyos, resulta difícil imaginar que ni siquiera en los últimos días de su vida hablara de su inminente muerte violenta a los discípulos. ¿No los prepararía de algún modo para el duro golpe de su muerte, cuando él mismo se hallaba ante el difícil problema de conciliar esta muerte con su mensaje y de aceptar el fatal desenlace? Por tanto, históricamente hay que contar con la probabilidad de que, durante la última cena con los suyos, Jesús diera o hiciera algo para que su muerte no sumiera definitivamente en la desilusión y la desesperación a sus discípulos más íntimos. Por otra parte, una declaración clara y excesivamente explícita parece contraria al tenor fundamental de la predicación de Jesús, el

de *ipsissima verba Iesu*. Se trata de nueve predicciones de Jesús que se suelen agrupar en tres conjuntos, en las que habla abiertamente de su pasión y de su muerte (en algunas de ellas también de su resurrección), con ligeros matices que amplifican el tema del sufrimiento¹⁰⁰.

La más antigua de ellas es posible que sea la que se encuentra en Mc 9,31: «El Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres; le matarán y a los tres días de haber muerto resucitará». En ella aparecen dos elementos también presentes en las otras citas. En primer lugar la alusión al momento en que sucederá la resurrección: «a los tres días». Es muy probable que esta alusión a la resurrección dependa del anuncio del kerigma pospascual, en el que se unen inseparablemente la proclamación de la muerte y la resurrección de Jesús. Pero como ha hecho notar J. Jeremías, la expresión «después de tres días» reflejaría una forma de hablar más semítica y antigua para indicar un espacio corto de tiempo, que la expresión posterior «a los tres días»¹⁰¹.

El otro elemento constante en las revelaciones de Jesús a sus discípulos es la frase «el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres». Muestra tal imprecisión sobre los sujetos que intervinieron en el proceso que le condujo a la muerte, que difícilmente podía habérsela inventado una comunidad que conocía a posteriori el decurso de todos los acontecimientos. Parece seguro, por tanto, que «esta frase evangélica podría ser el eco de una palabra de Jesús en forma de *mashal*, de sentencia densa enigmática, a partir de la cual se habrían desarrollado los otros anuncios evangélicos de la pasión»¹⁰². En ella aparecen ciertos rasgos típicos de la forma de hablar de Jesús: el pasivo divino («Dios entregará el Hijo del hombre a los hombres»), el carácter enigmático y misterioso de sus palabras y el juego de palabras (o paranomasia)¹⁰³.

Sobre la base de estas afirmaciones se puede concluir ya que los anuncios de la pasión que se encuentran en los evangelios responden a un núcleo histórico, es decir, transmiten palabras que el Jesús histórico dirigió a sus discípulos ante la proximidad de su muerte. En ellos queda patente que Jesús se ve arrojado hacia la muerte por la mano salvadora de Dios que lo entrega en manos de los hijos de los hombres. Pero para enriquecer el sentido de su muerte, Jesús habló de ella, además, utilizando figuras y esquemas bíblicos muy conocidos que se aplicó a sí mismo.

5. Conclusión

El vuelo panorámico emprendido sobre los últimos paisajes que acompañaron la experiencia histórica de Jesús de Nazaret, puede que nos ayude a caer en la cuenta de que no es posible un derroche de optimismo al llevar cabo un tratamiento de las diversas fuentes de las que nos valemos para acercarnos a Jesús como personaje histórico en aquellas dimensiones de su realidad que tanto interés despiertan. Conviene aceptar con serenidad y realismo que los datos que nos proporcionan de modo más sobresaliente sobre el proceso en torno a la condena y la ejecución, así como a las posibles repercusiones sobre su conciencia de estos acontecimientos, no despejan las innumerables dudas que pintan con claroscuros un

cual nunca se presenta segundo sujeto (junto a Dios o a su soberanía) de su predicación: Jesús no se predica a sí mismo, sino que anuncia la llegada del reino de Dios» (E. SCHILLEBEECKX, *o.c.*, 280).

¹⁰⁰ Cf. 1º: Mt 16,21; Mc 8,31; Lc 9,22. 2º: Mt 17,22-23; Mc 9,31; Lc 9,44. 3º: Mt 20,18; Mc 10,33-34; Lc 18,31.

¹⁰¹ Cf. J. JEREMÍAS, *Teología del nuevo testamento. La predicación de Jesús*, Salamanca 1974, 330.

¹⁰² R. FABRIS, *o.c.*, 211.

¹⁰³ Cf. J. JEREMÍAS, *Teología del nuevo testamento*, p 326-327.

paisaje que difícilmente podrá contemplarse con absoluta nitidez algún día. Los datos que se consiguen del estudio de las fuentes extrabíblicas, como hemos podido comprobar, nunca van más allá de lo que nos ofrece el estudio comparado de las fuentes evangélicas, a las cuales aquellos testimonios nacidos fuera del contexto de fe en que surgieron los evangelios sirven como apoyo y complemento de historicidad, rebajando así el peso que en los evangelios se le ha otorgado irremediablemente a la envoltura teológica de la que se fueron impregnando según el interés y las necesidades de las comunidades destinatarias de los mismos.

En este contexto y con un trasfondo así de complejo, no resulta fácil la tarea de alcanzar la sensibilidad interior, la conciencia y la interpretación que en Jesús debieron despertar y provocar sus últimas experiencias de confrontación social y política con los responsables tanto remotos como inmediatos de su final violento. Como sostiene J. J. Tamayo, «la pregunta sobre si Jesús dio a su muerte un sentido salvífico expiatorio debe quedar *abierta*. Afirmar más puede resultar exegética y teológicamente arriesgado»¹⁰⁴. A nosotros, sin embargo, su posición nos resulta excesivamente cauta y prudente, como se ha puesto de relieve en estas páginas, porque consideramos la posibilidad de que ciertas frases de Jesús estén revestidas de un contenido que nos ayudaría a atisbar las mociones internas de su conciencia, es decir, lo que pudo pensar de sí mismo y acerca del modo en que su trágico final incidiría sobre la conciencia de su misión. No obstante, tampoco resulta superfluo tomar conciencia de que cuando elaboramos tales hipótesis de trabajo, nos movemos en un terreno de arenas movedizas, en el que fácilmente se deslizan interpretaciones de muy diverso signo que conducen a interpretaciones teológicas que, en la mayoría de las ocasiones, apenas si tienen algún punto de encuentro o de apoyo común.

Repensar la muerte de Jesús, como la resurrección y la obra del Espíritu tras la Pascua, ésa es la tarea de todo creyente, que ante todo debe escudriñar los elementos que se le proponen como objeto de fe¹⁰⁵ y, sobre todo, ahondar en el conocimiento (en todas sus dimensiones) de la persona viva, Jesucristo, de la cual se predicán todos los enunciados que están en el núcleo del constructo de verdades que forman el armazón de nuestra fe. Nosotros hemos querido ahondar, desde una vertiente fenomenológica en la exposición de las fuentes y recogiendo los resultados de la aplicación del método histórico-crítico a los pasajes que giran en torno a los últimos acontecimiento de la vida de Jesús, en la realidad indiscutible de su muerte, en el eco que suscitó en otros ambientes (no meramente en los de signo neotestamentario) y en su misma conciencia, en tanto en cuanto esta aventura no corre el riesgo de convertirse en ciencia ficción. Ninguna de estas consideraciones se ha realizado para desdibujar el sentido de fe, que encontramos en la Escritura y en la interpretación que ella misma ha dispensado a la muerte de Jesús, a la cual se refiere Pablo cuando escribe a los de Corinto en estos términos: «Porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras» (1 Cor 15,3).

¹⁰⁴ *O.c.*, 171.

¹⁰⁵ San Anselmo describió la teología como «la fe que busca entender». *Proslogion*, Prooemium: *Opera omnia*, ed. F. S. SCHMITT, 1, Edinburgi 1946, 94 (PL 158,225). También acuñó otra fórmula, ya clásica, para definir la teología: «inteligencia de la fe» (*Proslogion* c. 2, ed. F. S. SCHMITT, 1, p 101 [PL 158,227]).